

HISTORIAS DE JORGE

Santiago Pérez Minnocci



Rescatada del olvido, pero que hizo feliz a muchos niños de hace tres décadas, *Historias de Jorge* es un enternecedor relato narrado en clave de humor y con el que muchos lectores pueden sentirse identificados.

Así los recuerdos de la infancia surgen espontáneos para quien alguna vez haya ido a la caza de lagartijas, a robar cerillas para encender hogueras, a jugar a espías, a fastidiar a las chicas, zurrarse de lo lindo, etc... Las divertidas aventuras del protagonista narradas en primera persona se entrelazan con los grandes dramas de la niñez, como la decepción que se siente al recibir un Atlas el día del cumpleaños en vez de ese juego tan maravilloso que cada día veíamos en el escaparate al volver al cole.

Ésta pequeña joya está hoy totalmente descatalogada y solo disponible en contadas bibliotecas públicas y colecciones privadas.

DEDICATORIA

Papá dice que los libros se dedican a la gente importante.

Claro, que para mí la gente importante no son los artistas, ni los reyes, ni los ingenieros..., los que todo el mundo conoce.

La persona a quien voy a dedicar este libro no es muy famosa, esa es la verdad. Sólo le conocemos unos cuantos. Y, sin embargo, es una de las personas más importantes del mundo.

Así pues,

A TOMÁS

una de las personas más importantes del mundo

EL SEÑOR NEGRO

Nos habíamos ido a vivir a una colonia que casi estaba en las afueras de la ciudad. Era un barrio nuevo, con todas las casas igualitas menos nuestro bloque, que tenía más pisos que los de alrededor.

La casa estaba bastante bien. Nuestro bloque tenía seis pisos y nosotros vivíamos en el cuarto; en el piso de abajo vivían dos señoras, y en el de arriba «un señor, una señora y una garrafa de vino», como decía mamá.

Era bastante simpático el señor de arriba, lástima que fuera un borracho, porque a veces te lo encontrabas en la escalera tumbado y parecía que se iba a morir. Papá dice que el señor es un «alcohólico», y Tomás, que es mi hermano, que «los alcohólicos son los que se curan las heridas con alcohol, que es malo curarse las heridas con alcohol porque escuece y que es mejor el agua oxigenada».

Nos pusieron teléfono en seguida, los primeros de todos, porque papá conocía a un señor muy importante de la compañía de teléfonos. Papá nos decía que los postes con hilos que pasaban al lado de nuestro bloque los habían puesto especialmente para él y nosotros nos lo creíamos, que sabíamos lo importante que era papá.

Lo mejor de la nueva casa era que había descampados por los alrededores donde se podía jugar a montones de cosas, y un solar cerca donde podías coger lagartijas o encender una hoguera al atardecer con las cerillas que robábamos de la cocina. Lo malo era si nos veía el portero, el Sebastián, que se chivaba a papá. Papá nos regañaba, nos hablaba de los incendios forestales, de la guerra y de cómo

se parece a ella un incendio en la ciudad, con todas las casas ardiendo «porque están muy juntas». Le daban miedo las hogueras a papá, y eso que ya es mayor. Yo sólo le vi encender una hoguera en el campo, cuando fuimos el verano pasado en tiendas de campaña.

Aunque papá no haga hogueras con nosotros, puedes jugar con él a un montón de cosas, sobre todo, a peleas y casi siempre le ganamos. Lástima que muchas veces papá no tenga tiempo de jugar porque tiene que trabajar. Trabaja en casa, en su despacho.

Papá tiene despacho; por algo es el periodista más importante del periódico más importante del mundo.

En el barrio, en seguida nos conocieron. La panadera de enfrente preguntaba:

—«¿Vosotros sois los hijos del periodista?».

Y nosotros decíamos que sí, le contábamos lo del despacho, lo del periódico, y que tenía una biblioteca tan alta papá, que mamá había tenido que ir a comprar una escalera al parque de bomberos.

También el tendero de la esquina nos iba conociendo y le fiaba a mamá hasta final de mes. Ella le pagaba por cheque, mientras que a la droguera, que también nos fiaba, le pagaba mamá en persona, porque siempre ponía «una peseta de más».

En el bar, a quien más conocían era a papá, que bajaba todas las mañanas a tomar una copa de anís y a vigilar que nadie dijese tacos. Esto viene porque un día un señor dijo en el bar no sé qué «hostias» y papá dijo que iba a llamar a un guardia por decir eso.

El párroco, que estaba con papá tomando una manzanilla, le pidió el nombre, diciendo que iba a mirar por si estaba bautizado, que si lo estaba, le borraría. Luego papá se lo contó a mamá, y todas las mañanas bajaba a eso de las diez, «a ver si alguien dice tacos».

Lo peor que podía pasar en casa es que alguno dijera un taco, sobre todo, Andrés, que es el mayor de los herma-

nos. Andrés es el mayor de todos; luego está Tomás, «alias el pegón», como dice mamá; detrás de Tomás voy yo, Jorge, y detrás de mí, Ana.

Bueno, y desde hace un mes, detrás de Ana, «Guby».

«Guby» es un bebé, y es nuestra nueva hermanita, que se llama en realidad Pili. A todos nos hizo mucha ilusión cuando mamá trajo a Pili, porque «Guby» se había muerto hacía dos semanas de una indigestión, que todavía era pequeño. Sólo tenía un año cuando se murió, y al enterrarle, mamá lloró bastante y todos nosotros también. Nos habíamos encariñado todos con «Guby», nuestro perro mascota perdiguero, así que decidimos llamar al nuevo bebé con su nombre.

Un día, mamá nos estaba enseñando la nueva mascota. Son bastantes divertidos los bebés, sobre todo, a la hora de bañarles, que hacen montones de caras raras. Ana quería cogerla, pero mamá dijo que no «no sea que al final quieras ponerla un vestido de tu muñeca, como hiciste el otro día».

Es que Ana, como es pequeña, se cree que nuestra mascota es una muñeca. Ana se bajó a la calle con Tomás, y al rato llamaron a la puerta. Yo pensaba que eran ellos cuando abrí, pero me llevé un susto terrible. Era un hombre muy alto, con la cara y las manos negras, que preguntó por el apellido de papá.

Salí corriendo a llamarle, quedándome con mamá y la niña. También salió mamá, pero volvió en seguida diciendo que era un señor de África y que papá esperaba esa visita desde hacía tiempo, que «¿por qué estás con la boca abierta?» y «¿no habías visto nunca a un hombre de color?».

Papá y mamá nos contaron una vez que los negros no son negros, sino «de color», que hay personas, sobre todo, en América, que dicen que los negros no tienen los mismos derechos que los blancos y que, por ejemplo, los negros deben ir en un autobús y los blancos en otro.

—«¿Y los mestizos?» —preguntó Andrés—. Los mestizos, según papa, son los que no son blancos del todo ni negros del todo.

—«¡Ah, pues los mestizos en el autobús de en medio!» —dijo Tomás.

Yo creo que la gente que piensa así está un poco loca; como dice papá todos somos iguales, sin importar para nada el color de la piel.

Papá y el señor negro entraron en el cuarto de estar, que era donde estábamos mamá, mi hermanita bebé y yo. Mamá tenía a «Guby» en brazos y yo me acordaba de las cosas que nos habían dicho sobre los negros; pero también me acordaba de que por la mañana, en el colé, estuvimos hablando unos cuantos sobre los caníbales y que la noche anterior había leído un tebeo donde unos caníbales metían a un cazador en una cacerola enorme y se lo comían.

Mamá hacía tonterías con la niña, y le decía cosas agradables: «qué rica», «mi bonita» y eso. Pero cuando le dijo por primera vez «te voy a comer a besos», el señor negro volvió la cabeza, mirando de una forma muy rara a mamá y al bebé.

La tonta de mamá seguía «que te como» «que te como» y yo empecé a imaginarme a mi hermanita en una cacerola con cebolla, azafrán y un poquito de perejil, que mamá siempre dice que, perejil, poquito.

No sé por qué me tuvieron una semana castigado a no salir a la calle. A fin de cuentas, yo había golpeado con el candelabro al señor por defender a «Guby».

En fin, a veces los padres no se dan cuenta de lo que nos sacrificamos los hijos por ellos.

LLEGA EL ELECTRICISTA

Papá hubiera podido hacerlo, porque papá lo sabe todo, pero como es el periodista más importante del mundo no tenía tiempo, porque «fíjate, en lo que lo arreglo, dejo de escribir por lo menos diez o veinte artículos».

Así que fue mamá quien se puso a arreglar el enchufe aquel del despacho. Lo malo es que cuando estaba a punto de conseguirlo, se fundió la luz; fue una pena, ya que lo hubiera logrado; cuando a mamá se le mete una cosa en la cabeza, no para.

Papá dijo que no se preocupara, que avisarían al electricista y que si había un poco de pintura blanca, para pintar alrededor del enchufe. Ella se enfadó bastante.

—«¡Lo negro es de sucio!» —dijo mamá mientras papá se reía por lo bajo como para quitar importancia al asunto, diciendo que «es verdad», que «hay mucha contaminación».

Siempre estaba papá de guasa para hacer reír a mamá.

Lo extraño es que aquella noche él durmiera en el sofá del despacho. La verdad es que si «hace tanto calor» uno no se pone dos mantas. ¡A veces son un poco raros papá y mamá!

Al día siguiente llamaron por teléfono al electricista. Vivía muy lejos el electricista, porque dijo que «venía para acá» y no llegó hasta la noche.

Era un hombre gordo y bajito, que llevaba en una bolsa de cuero todos sus chismes: cables de electricidad, herramientas, enchufes,...

Lo primero que hizo fue tomar un tinto, como llamaba mamá al vino. Mamá siempre estaba dispuesta a dar un tinto

a todo el mundo, y todo el mundo estaba dispuesto a tomarse el tinto de mamá.

El tendero de la esquina, al principio de estar en el barrio, mandaba al chico a casa con la comida que mamá le encargaba, pero al poco tiempo empezó a venir él mismo; siempre a eso de la una.

Mamá le ponía aceitunas, almendras y varios vinos. Bueno, al principio, que después sólo aceitunas y vinos, y después vinos, y después vino, y después venía de nuevo el chico, que no bebía.

Como decía, el electricista se tomó su vinito. Sentándose en una silla, él y mamá empezaron a hablar de lo caro que estaba todo, de los gamberros, de no sé cuántas cosas más. Luego se tuvo que ir, porque ya era de noche, pero prometiendo que volvería al día siguiente, temprano.

¡Aquello fue estupendo! Como dejó en casa su maleta de chismes, Tomás y yo pudimos investigar de lo lindo. Lo malo es que papá pilló a Tomás con un rollo de cable mientras lo extendía en el pasillo. Jugábamos a que era de noche y pensábamos volar un puente a distancia. Contábamos «tres, dos, uno y...» se oyó un golpe, un «ay» y la voz de papá.

Nos descubrió lo de la voladura; papá era el enemigo perfecto en ese momento, y se me ocurrió que cuando dejase de tirar de la oreja a Tomás, le pediría que hiciese el enemigo de verdad.

Se lo dije, pero él no escuchaba; sólo hablaba con mamá sobre el enchufe que el electricista debería arreglar y que no lo hizo porque «habéis estado de cháchara».

Tomás, para ayudar a mamá, gritó que eso era mentira, que no habían estado de cháchara, que habían estado hablando y tomando tintos.

Papá se puso rojo. Yo creo que no le hizo gracia que Tomás le chillara. A papá nunca le gusta que le chillen.

No sé lo que pasó después, porque papá cerró la puerta, y volvió a tener mucho calor esa noche.

Al día siguiente, el electricista fue más puntual, pues llegó a eso de las cinco de la tarde. Como tenía mucha prisa, colocó rápidamente el enchufe sin tomar tintos, mientras papá daba vueltas a su alrededor mirando, de vez en cuando, a mamá.

Cuando más la miró, fue cuando dijo el señor:

—«Mil quinientas».

Debía de ser mucho dinero porque al irse, papá dijo que tendría que escribir muchos artículos para pagar eso, y mamá que ella no tenía la culpa de que la vida estuviera tan cara y que, por lo menos, ya estaba arreglado.

La faena es que cuando papá enchufó la lámpara se fundieron de nuevo los plomos; no pudimos ver si funcionaba.

Papá sólo repetía.

—«¡Esto sólo ocurre en este país! Si estuviéramos en Alemania...».

Parece ser que en Alemania están los mejores electricistas del mundo, los mejores ingenieros y los mejores enchufes.

Íbamos Tomás y yo a pedirle a papá que nos contara más cosas de Alemania pero aquella noche tenía mucho calor, estaba muy cansado y quería que le dejásemos dormir. Tomás le preguntó que por qué dormía ya siempre en el sofá; se puso rojo, le miró con la misma cara con que había mirado a mamá cuando lo de «mil quinientas», y Tomás salió corriendo.

Nunca entendí eso, porque Tomás no le había chillado.

A la mañana siguiente, papá llamó por teléfono a un amigo suyo que había venido a España. Era alemán, el señor ése, y uno de los mejores electricistas del mundo, según parece.

Mamá se fue de compras y, al poco de irse, llamaron a la puerta. Era un hombre muy alto, rubio, yo creo que un poco cabezón. Claro, tenía que ser cabezón, que por algo era tan listo. Papá y él estuvieron un buen rato hablando de los electricistas españoles, de que hacía falta una universidad

para electricistas y de que en Alemania no había ningún problema, porque allí nadie se equivoca ya que al ser todos iguales, uno solo no podía equivocarse y ser diferente y que, por lo tanto, si uno se equivocaba es que no era alemán.

En ese rato, Tomás y yo investigamos el maletín que traía; la verdad es que en éste había más chismes que en el anterior y nos lo pasamos mejor inventando transmisores y otras cosas. Con todo el cobre hicimos circuitos ultrasecretos en enchufes y casquillos, esos donde se enroscan las bombillas.

Mamá volvió de la compra justo en el momento en que el señor alemán acabó. Papá dijo:

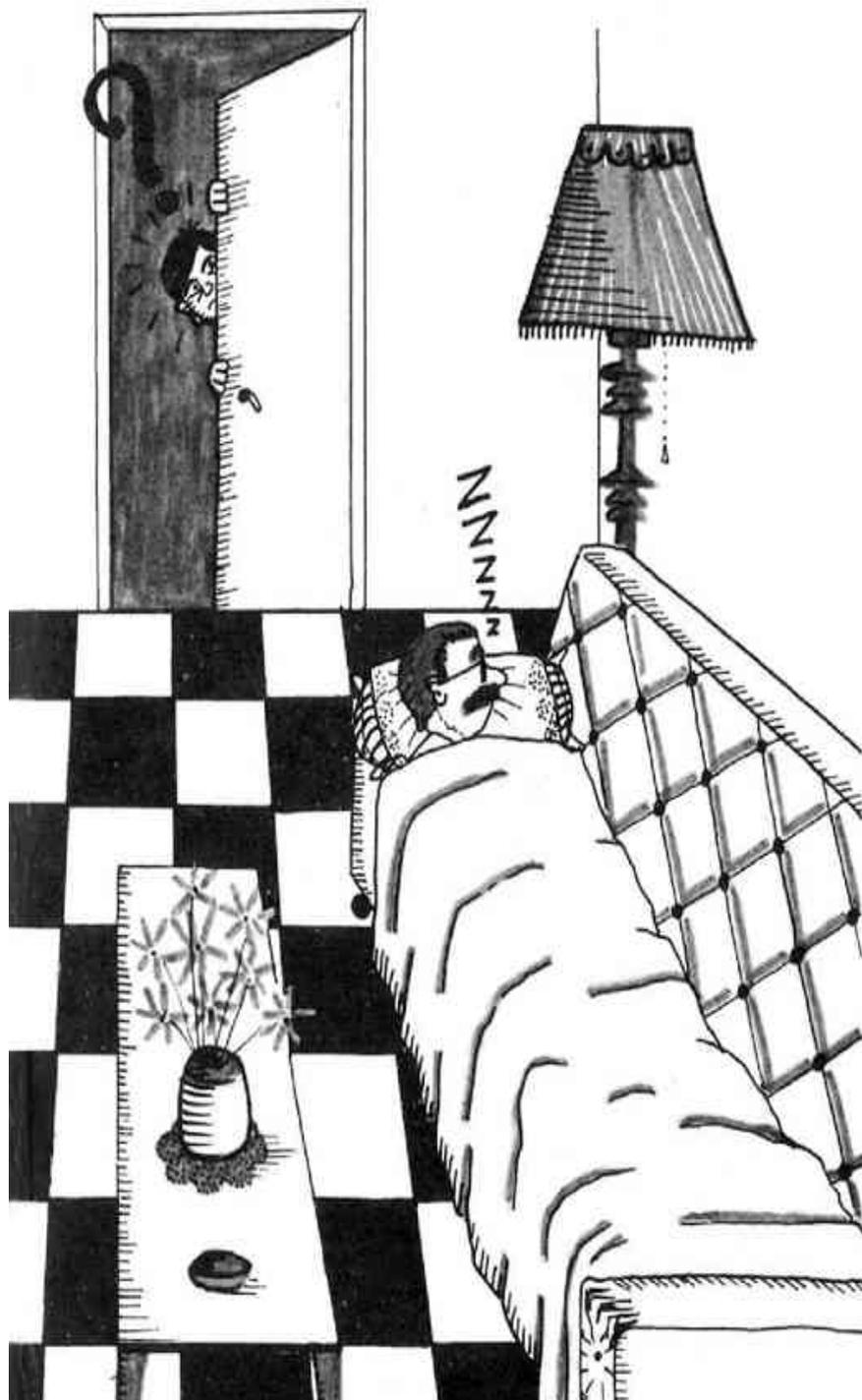
—«¡Ya verás ahora!».

Tomás y yo aplaudimos mucho... ¡Fue un chispazo estupendo, magnífico! ¡Hasta salió un poco de humo!

En seguida le preguntamos al señor cómo lo había conseguido, pero las risas de mamá no dejaban oír nada.

Papá tuvo que ir a hacer no sé qué del coche, el señor ese se fue y mamá arregló el enchufe.

¡Y es que cuando se le mete a mamá una cosa en la cabeza...!





err.

EL GUILLERMITO

Guillermito es el vecino de arriba, en la torre. A nuestra casa la llaman «la torre» en el barrio, no porque sea muy alta, es que todas las demás son más bajas.

Tiene suerte el Guillermito porque desde su ventana se ve todo el barrio y hasta el campo. Como es hijo único y su mamá se había muerto, su papá le regaló unos anteojos, con los que espiaba todo desde arriba, y un reloj.

Cuando al Guillermito le regalaron el reloj todavía no nos hablábamos. Mi hermano Tomás y yo estábamos en la calle jugando al «guá»; yo había gritado renuncio, él me había empujado y estábamos a punto de cascarnos. El Guillermito se acercó, estiró el brazo dejando ver su reloj y dijo:

—«¡Son las seis!».

—«Tú no te metas, imbécil» —dijo Tomás—, que no había cosa que más le molestase en el mundo que le interrumpiesen cuando estaba ocupado.

—«Os puedo cronometrar la pelea» —insistió.

Bueno, si Tomás y yo nos hubiéramos peleado, nos podríamos haber roto algún botón, lo que significaba castigo seguro de mamá, así que decidimos cascarle a él. Además, papá nos había dicho que los hermanos no deben pelearse y mamá que «se pone frenética y la vamos a matar de un disgusto».

Fue divertida la pelea, pero como éramos dos contra uno, se acabó en seguida. El «uno» se rindió muy pronto, chillaba y chillaba, hasta que llegó Sebastián, el portero. Salió corriendo, el Guillermito, para refugiarse en la portería; el muy tonto no se acordó del reloj y tuvo Sebastián que andarlo recogiendo cachito a cachito.

Se pasó un buen rato así, el portero, porque los relojes tienen por dentro cosas muy pequeñas y si se pierde una ya no funcionan.

Aquella noche bajó el papá de Guillermito a casa. Estuvo mucho tiempo hablando con papá y con mamá. Después nos enteramos que era ingeniero, que era viudo, que éramos unos sinvergüenzas, que era «un niño muy delicado» y que nos quedábamos una semana castigados sin salir, o un mes si no pedíamos perdón.

Al día siguiente subimos, para no quedarnos un mes castigados. La verdad es que íbamos pensando en cascarle de nuevo, por chivato, pero como descubrimos que tenía un mecano, decidimos aliarnos con él.

—«Mi papá es ingeniero. Por eso me ha regalado un mecano, para que vaya aprendiendo, y pueda llegar a ser un ingeniero tan importante, como él».

Ya iba Tomás a pegarle un tortazo, cuando yo le señalé un montón de juguetes —¡hasta electrónicos!— que había en un rincón. Empezamos a abrirlos y el Guillermito nos iba diciendo cómo se usaban. ¡Eran estupendos aquellos juguetes!

Desde aquel día, subíamos todas las tardes a jugar con él. Realmente era mejor ir cogiendo poco a poco las piezas del mecano, porque no íbamos a robárselo todo de golpe. Además, como éramos amigos, le podíamos pegar sin que nos castigasen en casa. Al principio bajaba a merendar dos días seguidos, y nosotros subíamos uno. La tía de Guillermito, que vive con él y con su papá, nos daba un montón de pastas, magdalenas y bombones para la merienda. La verdad, no sé por qué dejó de bajar Guillermito, pues las tres galletas que le dábamos Tomás y yo no estaban tan mal.

La tía de Guillermito, cuando llevábamos mucho tiempo en su casa, nos mandaba bajar «para que le dé el aire» y estaba bien pensado, porque con todos los juguetes desparrramados por el suelo, no podías ni moverte. Realmente no era una casa muy grande; cuando habías puesto todo en el